



Ruiz Rodríguez, Ignacio: *Federico II y la Prusia del siglo XVIII*. Madrid: Editorial Síntesis 2021. 244 pp.

El principal objetivo de esta obra es cuestionar la mitificación de la figura y del legado de Federico II (1712-1786), conocido también como el Rey Filósofo, paradigma del despotismo ilustrado. Para ello, el catedrático Ignacio Ruiz Rodríguez construye un convincente relato en el que reivindica la labor de los antecesores de este monarca (en especial la de su padre, Federico Guillermo I, el Rey Sargento) en tanto que sentaron las bases de una nueva potencia, Prusia, que reordenaría el tablero geopolítico europeo. No se trata de una biografía ni de un retrato psicológico de este personaje, sino de un ensayo que indaga en el espíritu de la época de Federico II a partir de la dinastía de los Hohenzollern y que incide en conceptos sociopolíticos como el de dinastismo político o protonacionalismo, entendido este segundo como las identidades políticas que surgieron a partir de la fragmentación de la unidad cultural cristiana. Estos conceptos se consideran esenciales para comprender la formación de los Estados modernos y, en concreto, el devenir de Prusia como uno de tales Estados.

El libro se compone de seis capítulos; el primero se centra en el dinastismo político como hilo conductor de la obra. El autor lo define como la construcción de una sociedad vertical en la que el monarca es titular y administrador de todas las partes que componen la monarquía y cuyo patrimonio se transmite vía linaje. El segundo capítulo aborda la forma en que los Hohenzollern lograron convertir un patrimonio territorial disperso en un Estado arraigado en el poder militar y en una administración al servicio de la monarquía.

De la infancia y juventud de Federico se ocupa el tercer capítulo, un periodo marcado por la rígida educación de su padre –rayana en la crueldad– que forjó el carácter ambiguo y narcisista del futuro monarca. El autor recuerda que el joven Federico era un hombre sensible, inclinado a las artes y a todo tipo de manifestación cultural, algo que su padre, protestante calvinista, rechazaba de lleno dando absoluta preferencia a la ética del trabajo, la austeridad y la disciplina férrea. El futuro monarca vivió episodios muy duros como la cárcel y la ejecución de su mejor amigo, acusado por su padre de traición. Para ocultar tan hondo sufrimiento, el joven Federico aprendió el sutil arte de la simulación, técnica que en el futuro sería una de sus principales estrategias políticas para lograr sus objetivos.

Los capítulos cuarto y quinto los dedica Ruiz Rodríguez a explicar el papel de este monarca en materia de política interior y exterior y a sus aportaciones, de las que cabe destacar el notable aumento del ejército y de su profesionalización en tanto que pasó de los iniciales 80.000 soldados en época del padre a 200.000. Se

trataba del cuarto mayor ejército de Europa, caracterizado por su modernidad y eficacia, con un coeficiente de un soldado por cada diez habitantes. También fueron notables las conquistas militares de este monarca que le permitieron arrebatar la región de Silesia a los Austrias. El aumento territorial afianzó su poder hasta el punto de que las dos grandes dinastías europeas, los Austrias y los Borbones, hubieron de compartir su hegemonía con los Hohenzollern de Prusia. Los logros de Federico II no fueron solo políticos; en el ámbito social el número de habitantes se triplicó bajo su reinado, se modernizaron las estructuras productivas y se mejoraron las condiciones sociales de los campesinos así como la educación.

En el sexto apartado el autor describe los principios del movimiento ilustrado preconizados por Hume, Rousseau, Leibniz, Voltaire o Montesquieu como el culto a la razón, la idea de que el soberano se debe a sus súbditos y a la búsqueda de su felicidad, la defensa de la libertad de pensamiento y de opinión o la separación del Estado de la divinidad y su consiguiente laicidad. Si hubo un monarca convencido de la utopía ilustrada este fue Federico II, que abrazó la ideología del progreso y la confianza en un futuro mejor, si bien, toda esta filosofía fue más bien teórica, puesto que en la práctica impuso, por ejemplo, la censura de prensa. Ruiz Rodríguez recuerda que Federico II encarnó a la perfección al déspota ilustrado.

Se cierra la obra con un epílogo que narra los años finales del monarca al tiempo que presenta un balance final de su reinado a modo de conclusión. Finalmente, el autor incluye una selección de textos escritos por Federico II que abarcan el género político (su visión del Estado), el histórico, legal, cultural y científico y que ilustran de manera muy gráfica su enorme cultura, sus variados intereses y talentos.

En definitiva, el autor nos muestra a un personaje complejo, lleno de facetas, que muestran tanto su genio militar, su capacidad para la estrategia política como sus dotes intelectuales en múltiples campos como la filosofía, la música y la poesía. Pero detrás del genio y de sus proezas, Ruiz Rodríguez desvela también el lado oscuro de un monarca, capaz de justificar la guerra para evitar males mayores en un Estado, aun siendo consciente del sufrimiento que traía al pueblo. En su política “ultrapragmática” tenían cabida el engaño y la traición, incluso a otras potencias, que puede interpretarse como rasgo de megalomanía.

La labor de Federico II en el ámbito de la cultura también fue reseñable, pero de nuevo estuvo marcada por la dualidad como recuerda el autor del libro. En el palacio Sanssouci, cuya construcción supervisó de forma obsesiva, se rodeó de artistas y filósofos y dio clara preferencia a la influencia francesa antes que a la germana. Aunque hablaba alemán, había sido educado primordialmente en francés, idioma que siempre privilegió hasta el punto de que llegó a despreciar a los más grandes literatos alemanes, Goethe y Schiller, considerándolos demasiado complejos. No mostró ningún interés por el arte y la literatura alemanas de ese momento, que además vivían un momento de apogeo con el movimiento ilustrado y el *Sturm und Drang*. No obstante, Federico II promocionó el teatro y la ópera en Berlín de los artistas que le interesaban. Él mismo fue un consumado flautista que daba conciertos acompañado por Carl Phillip Emanuel Bach, hijo del afamado compositor, y redactó el libreto de la ópera *Montezuma* del compositor alemán Carl Heinrich Graun. De sus escritos cabe mencionar el ensayo *Antimaquiavelo*, una propuesta alternativa y liberal de las obligaciones de los gobernantes para con sus goberna-

dos. Pese a su vasta producción filosófica y artística, que denota sensibilidad y capacidad intelectual, el monarca mantuvo enfrentamientos con muchos de los intelectuales de los que se rodeó (el más famoso de ellos fue Voltaire), a los que, como buen déspota, trataba de imponer sus propios criterios.

El *modus vivendi* hiperactivo, tiránico y ambiguo de este monarca, le granjeó antipatías y enemistades. Cuando enfermó y presintió su muerte prefirió ocultar su debilidad física, temeroso de mostrarse vulnerable ante tantos enemigos. Según afirma el autor, casi nadie lamentó su fallecimiento; más bien se respiró alivio en la Corte prusiana. Por todo ello, Ruiz Rodríguez cuestiona el epíteto “El Grande” y trata de ubicar a este personaje en un lugar más objetivo y justo de la historia y de la historiografía que, sobre todo a lo largo del XIX, distorsionó esta figura en aras de la creación de un imaginario colectivo que representara el progreso y el reformismo.

Gracias a una prosa fluida y rica en detalles, así como a un discurso bien armado y documentado, Ruiz Rodríguez logra sumergir al lector en la época de Federico II y lo acerca a la comprensión de su compleja personalidad. Por la cantidad de aspectos tratados en esta obra resulta de interés no solo para historiadores sino para filósofos, filólogos o musicólogos. Cualquier estudioso de las Humanidades encontrará en este libro información muy valiosa y fundamentada sobre una dinastía, los Hohenzollern, poco analizada en la historiografía española, además de una visión esclarecedora y ecuánime del legado real de Federico II.

Ingrid Cáceres-Würsig  
Universidad de Alcalá  
ingrid.caceres@uah.es